

CELCIT. Dramática Latinoamericana 275

LA CONFESIÓN DE UN HIJO DE PUTA

Paco Sanguino y Rafael González

PERSONAJES

Dominguez
El Choni

PRÓLOGO

9 de octubre de 1975 (doce menos cuarto de la noche). Lluve en la calle. El Choni, arrodillado, las manos esposadas, se aferra a una silla e intenta incorporarse; mientras, recuerda una canción: "Madamina, il catalogo è questo delle belle che amò il padron mio...". El inspector Alejandro Domínguez se apoya en una silla; limpia cuidadosamente las lentes de sus gafas con un pañuelo blanco, inmaculado. Pero suena el teléfono; el policía se coloca las gafas, se cruza de brazos, quisiera deshacer con la mirada el puto aparato que vuelve y vuelve a sonar. Cinco veces. Por fin lo coge.

DOMÍNGUEZ (Realmente enfadado) ¿Y ahora qué pasa?... ¡Jefe! (Cambiando de actitud, muy educado, demasiado) Perdona, creía que... Sí, claro, está aquí... ¿Cómo?... Escuche, jefe: no puede hacerme esto, llevo tres días encerrado con él, día y noche, ¡tres días! Déjeme sólo una hora, media: está a punto de hablar. Le prometo que en media hora tiene la confesión sobre la mesa, media hora... (Servil) Sí, claro, jefe; claro que puedo, en un minuto estoy ahí... No, no tardo. Ahora mismo subo. (Cuelga, lanza al Choni una mirada asesina y sale deprisa.)
EL CHONI Se lo he dicho mil veces, teniente: yo no fui, el Choni no la mató. Un ruido de golpes contra un cuerpo, muebles que caen, gemidos de dolor. Mientras, el Choni permanece impávido, sin mover una ceja.

1

Minutos después. El Choni -sentado, la frente apoyada en la mesa- busca el interruptor del flexo, cree que va a vomitar. De su nariz mana un buen reguero de sangre, y él intenta detenerlo con la sucia manga de su camisa a cuadros. Domínguez entra en la sala fumando un cigarrillo negro, ya más relajado, aunque también más jodido. Lleva en la mano algunos folios mecanografiados. Se acerca al Choni sin mediar aún palabra y le quita las esposas.

DOMÍNGUEZ Muy bien, Choni. (Pone los folios y una pluma delante del Choni.)
Firma y puedes marcharte.

EL CHONI (Acariciándose las muñecas marcadas) Ah, ¿sí? Pues pídamme un taxi. (Se ríe: buena broma la del inspector; y parecía un tipo tan serio. Enseguida se da cuenta de que Domínguez -que ha comenzado a recoger su tabaco, su corbata y chaqueta, sus cerillas...- no parece estar de cachondeo, ya le extrañaba.) ¿Qué le pasa? ¿Está cansado?

Domínguez no le hace caso; está de espaldas, intentando colocar una manga de la americana en su sitio para poder enfundársela.

EL CHONI ¿Se va? ¿Se va a dormir?

DOMÍNGUEZ (Apretando con fuerza el lazo de la corbata) Nos vamos, Choni.

Recoge tus cosas.

EL CHONI ¿Adónde nos vamos?

DOMÍNGUEZ Yo a mi casa; tú, a donde quieras.

EL CHONI ¿Cómo que a donde quiera? ¿Qué quiere decir?

DOMÍNGUEZ No tenemos nada contra ti: eres libre.

EL CHONI ¿Libre? (Vuelve a reírse, incrédulo.) ¿Cómo que libre? ¿Qué significa eso de libre?

DOMÍNGUEZ Lo que te estoy diciendo: puedes largarte a donde te dé la gana.

EL CHONI ¿Que me puedo qué? ¡No me joda, Domínguez! Es un poco tarde para empezar con el cachondeo, ¿no? Puede que usted esté ya aburrido, pero yo...

DOMÍNGUEZ (Echa una ojeada a los papeles.) ¿No has firmado aún? ¿A qué esperas?

EL CHONI Pero, Domínguez, ¿qué significa todo esto? Llevan tres días dándome de hostias para que cante de plano y poder meterme en chirona, ¿y ahora me sale con que me puedo largar? Pero, ¿qué pasa? Esto no es serio. Tienen que acabar su trabajo.

DOMÍNGUEZ Está acabado.

EL CHONI ¡Qué coño!

Domínguez menea los folios ante la cara del Choni; el Choni los agarra de un manotazo y se los quita de encima.

EL CHONI ¿Cómo que acabado? No puede ser, Domínguez; esto hay que hablarlo. ¿Va a dejarme libre así como así?

DOMÍNGUEZ ¡Qué más quisiera yo que poder acabar contigo, Choni!

EL CHONI ¿Lo ve?

DOMÍNGUEZ Pero órdenes son órdenes. Estás arrugando la declaración.

EL CHONI ¿Órdenes? Órdenes, ¿de quién?

Domínguez hace una señal inequívoca: órdenes de arriba. El Choni mira hacia donde le señala el inspector con el pulgar. Mira a Domínguez. Se ríe.

EL CHONI Ya lo entiendo: es otra de sus tácticas para que confiese. (Se pone serio y da la espalda al inspector alejándose de él y dándose cierta importancia.) Pues déjeme decirle una cosa: yo me paso su sicología por las pelotas. No voy a soltar prenda, ni una pista, nada.

DOMÍNGUEZ Eso ya no me importa, Choni. Carrasco ha confesado. Trae.

Domínguez le quita la declaración y la plancha un poco.

EL CHONI ¿Carrasco? ¿Qué Carrasco? ¿Quién es Carrasco?

DOMÍNGUEZ El asesino de la chica.

EL CHONI ¿Qué chica?

DOMÍNGUEZ La que tú mataste, Choni.

EL CHONI ¿Pero no dice que fue él?

DOMÍNGUEZ ¡Joder, qué más da! Ha confesado. (Le muestra de nuevo dónde tiene que garabatear y luego se dirige hacia la salida.)

EL CHONI (Reteniéndolo) Eh, eh... Pero, ¿adónde cree que va?

DOMÍNGUEZ A mi casa, Choni. Hace tres días que no veo a mi mujer por tu culpa.

EL CHONI ¿Y yo?

DOMÍNGUEZ Otra vez... Vete a la tuya.

EL CHONI ¿Adónde?

DOMÍNGUEZ O a la puerta de una iglesia, ¡yo qué sé! Eres libre.

EL CHONI ¡No puede ser!

DOMÍNGUEZ Es.

EL CHONI Pero, Domínguez... Ese tío no mató a la chica. Fui yo. El asesino de esa muchacha soy yo: el Choni. Míreme a la cara, jefe, míreme a la cara.

Domínguez le mira fijo a los ojos.

EL CHONI ¿Lo ve?

DOMÍNGUEZ Lo sé, Choni; lo sé perfectamente. Sé que tú mataste a la chica.

Pero lo que vale es lo que digan arriba, y arriba dicen que fue Carrasco quien mató a Sonia Cabrera. Fin de la historia.

EL CHONI ¡¿Y quién coño es ese Carrasco?!

DOMÍNGUEZ Eso no te importa. Anda, firma y lárgate de una vez; estoy agotado.

El Choni permanece quieto, pensativo. Domínguez intenta ganar tiempo: se agacha y recoge la bolsa de Múnich 74 del Choni y mete en ella algunas de las cosas esparcidas por el suelo: una pala de ping pong, un gorro, un pañuelo manchado de sangre... Clava la bolsa en el pecho del Choni.

DOMÍNGUEZ Tus cosas. Venga.

EL CHONI (Observa un momento a Domínguez. Piensa algo. Niega con la cabeza. Y, muy tranquilo:) Mire, teniente Domínguez...

DOMÍNGUEZ No soy teniente; soy inspector

Domínguez echa a empujones al Choni de escena y vuelve a por sus cosas. Por fin parece que todo acabó, pero...

EL CHONI (Entrando) Muy bien. Inspector, fui yo el que mató a esa chica; fui yo, se lo juro, no ha sido nadie más que yo, con mis propias manos. La noche del trece de agosto... (Como si alguien le hubiera pedido que se sentara y cantara de plano. Se sienta.) Aún lo recuerdo bien: hacía calor y ella se paseaba por la habitación, iba casi desnuda. La maté, la maté yo, Domínguez. Soy un criminal, lo reconozco; soy culpable.

DOMÍNGUEZ ¡¡Choni!!

EL CHONI ¿Qué?

DOMÍNGUEZ Entonces, ¿por qué te has pasado tres días diciéndome justamente lo contrario?

EL CHONI Porque... Bueno, porque... (Se ríe. Es como si sintiera la mayor de las alegrías. Es como si lo hubiese entendido todo de una vez por todas.) Dios, jefe, lo ha conseguido, me ha hecho confesar. Es usted muy listo. Me siento mucho

mejor, es como si me hubiera... como si me hubiera purgado. Gracias,
 Domínguez: ahora tengo la conciencia tranquila. (Intenta abrazar a Domínguez,
 pero éste se aparta de su camino.)

DOMÍNGUEZ Me alegro, Choni, me alegro. Ahora ya puedes firmar.

EL CHONI Claro, jefe; lo que usted diga. (Camina hacia la mesa con la bolsa con
 sus cosas en las manos. Coge la pluma. Antes de firmar) Y luego, ¿me llevarán a
 la cárcel?

DOMÍNGUEZ Pero, ¿por qué te empeñas en complicar más las cosas? Firma y
 adiós.

EL CHONI No, no, yo no me empeño. (Tira la bolsa al suelo.) El que se empeña es
 usted, ¿qué narices!

DOMÍNGUEZ Márchate, por favor. Tienes que marcharte y olvidarte de todo esto.
 No te hemos detenido, ¿vale? Tú no conocías a Sonia Cabrera ni te hemos traído
 aquí, ni has hablado conmigo...

EL CHONI ¿Ni me han dado de hostias?

DOMÍNGUEZ (Dándole un golpe, más violento que cariñoso, en el pescuezo, y
 arrastrándolo) Por supuesto que no. Es un favor que te pido. ¿No me puedes
 hacer ese favor? Hoy por ti y mañana por mí, Choni.

EL CHONI Pero Domínguez...

DOMÍNGUEZ ¡¡Por favor, joder!!

El grito de Domínguez ha sobresaltado al Choni. Después, con actitud de animal
 dominado, se agacha a recoger la bolsa, pero justo antes de tocar las asas:

EL CHONI (Desde el suelo, casi con familiaridad) Pero, inspector, ¿qué tiene ese
 Carrasco que no tenga yo?

DOMÍNGUEZ Vamos, Choni...

EL CHONI Sí, sí, ya me voy. Pero antes, explíqueme quién es ese Carrasco.

DOMÍNGUEZ No te lo puedo decir.

EL CHONI (Con cierta ingenuidad impostada) ¿No será que les sobraba?

DOMÍNGUEZ No entiendo qué quieres decir. Vamos, date prisa.

EL CHONI No se haga el tonto, teniente. A veces hay gente que se mete donde no
 debe. Conocí a uno de éstos en La Modelo. Tenía una prensa, imprimía octavillas.
 Le acusaron de matar a un vagabundo, lo enchironaron y una noche alguien se lo
 merendó en la celda mientras dormía.

DOMÍNGUEZ Pues que descanse en paz.

EL CHONI Amén.

DOMÍNGUEZ Ahora firma tu declaración y lárgate.

EL CHONI (Se dirige lentamente a la mesa donde siguen los papeles y la pluma. Se
 sienta. Justo antes de firmar) ¿Qué pone?

DOMÍNGUEZ Vamos, Choni, acaba de una puñetera vez y vámonos. Yo me voy a
 mi casa, tú te vas a celebrar que te hemos soltado... y todos tan contentos.

EL CHONI Sí, pero me gustaría saber qué firmo. Siempre leo antes de firmar,
 teniente.

Domínguez lo mata con la mirada.

EL CHONI Quiero decir inspector.

El Choni va a llevarse la declaración a los ojos pero Domínguez le pone la mano
 encima para que no la lea.

DOMÍNGUEZ (Recitando deprisa, sin pausas) Pone que llegaste al Hotel Praga, que viste a Carrasco en el bar, que estuviste de fiesta por el pueblo hasta la madrugada y que al día siguiente hiciste la maleta y te largaste de allí temprano.

EL CHONI ¿Eso pone?

DOMÍNGUEZ Más o menos.

EL CHONI Bueno, lo último sí es verdad: me largué cuando amanecía.

DOMÍNGUEZ ¿Lo ves? Todo correcto. Ahora, firma.

EL CHONI (Se rasca la coronilla.) Teniente, ¿no cree que ese Carrasco la va a tomar conmigo si firmo esto?

DOMÍNGUEZ No, no lo creo.

EL CHONI (Mientras juega con la pluma) Y dígame, Domínguez: ese Carrasco, ¿también era comunista?

DOMÍNGUEZ ¿A ti qué más te da?

EL CHONI No se preocupe, yo ya me hago cargo: el tipo se les fue de la manos...

DOMÍNGUEZ Tú ves muchas películas, Choni. Te aconsejo que cojas ese bolígrafo, que firmes y que salgas de aquí dándote con los talones en el culo. Olvídate de todo esto y cuenta que has pasado unas vacaciones en Almería. Firma y lárgate, porque no creo que la próxima vez tengas tanta suerte.

EL CHONI De acuerdo, firmaré, firmaré la declaración.

DOMÍNGUEZ Eres un tipo listo, Choni.

EL CHONI Claro que lo soy: estudié con los curas.

DOMÍNGUEZ (Señala la declaración.) Venga.

EL CHONI Enseguida, teniente. Enseguida firmo.

El Choni desenfunda con parsimonia la pluma y coloca cuidadosamente la capucha en un extremo de la mesa. Luego deja el resto en el otro extremo.

EL CHONI Pero antes tendrá que escucharme.

DOMÍNGUEZ ¡Choni!

EL CHONI Es lo menos que puede hacer. Yo voy a firmar su declaración; al menos, déjeme que le cuente.

DOMÍNGUEZ Que me cuentes, ¿qué?

EL CHONI Cómo me cargué a la chica.

DOMÍNGUEZ Sólo me faltaba eso.

EL CHONI Favor por favor; es un trato cojonudo: usted me deja que le cuente y yo le firmo. Luego, me largo de aquí y me olvido de todo esto; pero usted tiene que dejar que el Choni le cuente cómo sucedió todo. Se ha tirado tres días pidiéndomelo, Domínguez. ¿Trato hecho?

DOMÍNGUEZ Vamos a hacerlo al revés: tú firmas y yo te escucho.

EL CHONI No, Domínguez, que se da el dos... ¿Cree que nací ayer?

Domínguez se agarra la cabeza, se despeina. Está al borde de la desesperación.

DOMÍNGUEZ Ya está bien, Choni; ya está bien.

Y el Choni regala a Domínguez una preciosa sonrisa. El inspector recompone su figura, busca en el bolsillo de su camisa y saca el paquete de tabaco, y del paquete, un cigarro. Arruga el paquete vacío.

DOMÍNGUEZ De acuerdo, Choni: me quedo.

EL CHONI Gracias, teniente. Es usted un cielo.

DOMÍNGUEZ (Mostrándole un Ducados) Es el último que me queda. Me lo fumo y

me voy. Ese tiempo tienes.

EL CHONI (Humilde en la victoria) Me parece justo, Domínguez.

Domínguez se sienta al fondo y enciende el pitillo. Cruza las piernas. El Choni comprende que ha empezado la cuenta atrás: ha de narrar rápido.

EL CHONI Hotel Praga, un hotelucho de mierda. Claro que no podía haber nada mejor en un pueblo de mierda: un hotelucho de mierda con un bar de mierda en un pueblo de mierda. Todo una mierda y mierda por todas partes. Pero el calor era peor que la mierda, y estábamos a mediados de agosto. Lo único que se podía hacer en aquel sitio de mierda era beber o mirarse los cojones todo el día. Yo hacía las dos cosas.

»Aquella tarde, la del 13 de agosto, llegó al hotel un cochazo enorme, un Dodge Dart descapotable, uno de esos carros con los que uno sueña toda su vida atravesar de lado a lado el mundo. Paró en seco y bajó un tipo con gafas de pera y una camisa de flores abierta hasta el ombligo. Un momento después vi cómo se abría la puerta del copiloto y aparecían dos piernas como dos postes de la Telefónica. Y las piernas no eran lo mejor de ese cuerpo. Cuando la chica se acercó al tipo, que la esperaba con malas pulgas, y se repasó el pintalabios y el peinado en el retrovisor del Dodge, me fijé un poco más y... ¡No me lo podía creer! ¡Joder, era ella, Domínguez! ¡Sonia Cabrera, la actriz!

»Entraron en recepción. Yo seguía en la ventana muy atento. Al poco, los vi venir hacia mi habitación. Iban discutiendo. Gritaban y movían mucho las manos. El tipo floreado se detenía de vez en cuando y la amenazaba con un dedo, con el puño, pero Sonia no se escondía. La oí decir: "¡Joder, Jaime, sólo estábamos hablando!", y él: "¿Hablando? ¡Te voy a cortar la lengua, puta!". Eso no me gustó, nadie insulta a una chica como Sonia Cabrera delante de mí, así que me cagué en los muertos de aquel hijo de perra, pero él no pudo oírme. Entraron en la habitación y dejé de verlos, pero les seguía escuchando: "¡No aguanto tus asquerosos celos, Jaime!", "¡Ni yo que seas tan puta!". ¡Joder, ese tío se estaba ganando una buena hostia! Pero no quise armar jaleo. Se escuchó un portazo. Casi al instante, la puerta volvió a abrirse y el tipo gritó: "¡Estás acabada, mala puta!". Se metió en el Dodge y encendió un cigarro. Después sólo se escuchó el quejido del tubo de escape alejándose.

(Pausa.)

»Ella se había quedado sola.

»Desde la ventana de mi retrete se la veía pasear de un lado a otro, a Sonia. Parecía un león enjaulado, ese calor de agosto. Fumaba un cigarrillo detrás de otro, sin parar. Estuve más de una hora pensando una excusa para llamar a su puerta, pero no encontraba ninguna, ninguna buena. Al fin me decidí: hielo. El hielo nunca falla. Cogí un vaso y salí al pasillo. Me coloqué ante su puerta y apreté el puño para golpear. Era la tres dos tres -aún me acuerdo-, y abrió. Me parecía más bajita que en la pantalla. Debía de tener unos veintialgo, pero aparentaba muchos menos, quizá quince, o dieciocho. Lo importante era que había abierto sin hacer preguntas, eso era una señal. Era rubia y tenía los ojos muy negros, tan profundos que parecían llegarle a la nuca. Llevaba sólo una camiseta e iba descalza. Imagine sus bragas debajo de esa camiseta, Domínguez... Le pregunté si tenía hielo. Dijo que seguro, que ella únicamente

tomaba whisky on the rocks. Yo ya lo sabía. Ella preguntó que cómo lo sabía. Le dije que lo sabía porque la había visto beberlo en aquella película. Ella dijo que en las películas todo era mentira. Yo le pregunté si en Veracruz también y ella contestó que sí, ¡menudo chasco! Me preguntó si me iba a quedar en la puerta toda la noche, apartó las revistas de la cama y me señaló un lugar donde sentarnos. Dijo que estaba aburrída, pero yo sabía que no era cierto: estaba enfadada con aquel tipo, deseando matarlo, y yo me había convertido en su osito de peluche.

»Nos bebimos todo el whisky. Ella se levantó, se acercó hasta la ventana para abrirla y dejó ver los lunares de su cuello. Ese calor de agosto... No era la primera vez que la veía medio desnuda, la había visto varias veces en su película... Pero no me había fijado en esos preciosos lunares. Le pregunté: "¿Dónde tienes más?", y ella me contestó: "Parece que está anocheciendo"; yo le dije: "Eso suele pasar cuando se hace de noche". Entonces se acercó hasta la cama, tiró por detrás del cuello de mi camisa y dejó caer lo poco que quedaba de hielo: le había gustado el chiste. Mi camisa estaba empapada, pero yo seguía sintiendo calor. Dije: "Esto no puede quedar así"; y ella contestó: "Sí puede". La eché sobre la cama y le quité la camiseta. Por un momento se le enganchó en la cadena y en el pelo. Ella se tapó las tetas, me dijo: "No tiene gracia, imbécil". Yo también me quité la mía, más vieja y sucia que la de ella. Un anillo me arañó. Le cogí la mano para quitárselo y descubrí sus pechos de niña...

»Creo que gritó, no sé. Creo, no lo sé. Le tapé la boca con la almohada.

»Me vestí con calma y salí de la habitación. Ya en la mía, me tumbé y la recordé un rato. En realidad, me acordé de una frase: "Voy a ponerme algo encima". La decía en su película El matagatos mientras subía las escaleras que conducían a la habitación de uno de sus invitados. "Voy a ponerme algo encima", decía, y el marido le sonreía un poco sin sospechar que estaba a punto de pegársela con Máximo Valverde. Enseguida me dormí.

»Me desperté muy temprano. Pensé que lo mejor que podía hacer era las maletas. Cuando dejaba el hotel vi llegar el Dodge con un faro roto.

»Me subí al primer autobús que pasó cerca. Estuve mirando por la ventanilla todo el rato. Hasta que me aburrí. Habían pasado tres horas. Me bajé y empecé a caminar. De repente, me encontré en otro lugar, pero nada había cambiado: era otro pueblo de mierda, con otro hotel de mierda y otra mierda de bar.

Domínguez ha escuchado los últimos instantes del relato del Choni casi sin respirar. El cigarrillo se ha consumido entre sus dedos lentamente, Domínguez apenas si lo ha probado. Lo mira, lo tira al suelo, lo pisa. Mira al Choni con desprecio. Le pone delante la declaración y el Choni la firma recreándose, sin prisas. Domínguez agacha la cabeza y sale de la sala de interrogatorios. Al poco, también el Choni desaparece.

puesto un gorro de lana descolocado por los golpes. Levanta la cabeza e intenta reconocer el lugar donde se encuentra. Poco a poco va recuperándose de los golpes. Se pone de pie y procura dar unos pasos. Mira hacia la izquierda y se fija en el enorme espejo tras el cual le estarán observando algunos polis. Se aproxima a él y se examina la cara convertida en una hamburguesa. Luego saluda con la mano:

EL CHONI Hola, cabrones...

Sonríe, pero le duele el labio. Regresa a la silla y se sienta. Se limpia la sangre de la nariz con un pañuelo empapado de sangre. Hasta que entra en la sala el inspector Domínguez.

EL CHONI (Casi contento) ¡Eh, teniente! ¿Qué tal?, ¿cómo va eso?

DOMÍNGUEZ (Lo observa un instante en silencio.) No has durado mucho ahí fuera, ¿eh? Siete meses.

EL CHONI Seis, seis. La nostalgia.

DOMÍNGUEZ Ya.

Pausa. Domínguez examina por encima el aspecto del Choni.

DOMÍNGUEZ ¿Lo has hecho?

EL CHONI ¿Qué?

DOMÍNGUEZ Lo de tu hermana.

EL CHONI ¡Por supuesto que no!

DOMÍNGUEZ Ya. Quieres que llame otra vez a Moya.

EL CHONI Haga lo que quiera. Por mucho que me pegue ese tío, no le puedo decir otra cosa. Yo no maté a mi hermana.

DOMÍNGUEZ Vamos, Choni: sé razonable. Es mejor que confieses.

EL CHONI Puede decirle que me mate, si quiere. Yo no fui, el Choni no la mató.

DOMÍNGUEZ (Piensa algo.) ¿Quieres que te ayude? Puede que no te cueste tanto contármelo a mí. Ya me contaste lo de aquella actriz... ¿Sonia Cabrera?

EL CHONI Sonia, sí.

DOMÍNGUEZ Yo te escuché, ¿te acuerdas? Cuéntame cómo hiciste esto. Tengo mucho tiempo. Vamos, intenta recordar.

EL CHONI ¿Pero cómo me voy a acordar de algo que no he hecho?

DOMÍNGUEZ ¿Cómo se llamaba?

EL CHONI ¿Quién?

DOMÍNGUEZ Tu hermana.

EL CHONI (Como si no lo recordara) ¿Lola?

DOMÍNGUEZ Lola... ¿Era mayor que tú?

EL CHONI ¿Quién?

DOMÍNGUEZ Tu hermana, Choni.

EL CHONI Sí... Bueno, no... No lo sé.

DOMÍNGUEZ ¿Cómo que no lo sabes?

EL CHONI Es una historia muy larga.

DOMÍNGUEZ Por eso: cuanto antes empieces, mejor, ¿no? Adelante, Choni.

Domínguez agarra una silla, se sienta y se cruza de brazos en un gesto obvio de que esperará lo que haga falta. Pero el Choni no se fía. Mira a Domínguez con recelo, porque sabe que intenta hipnotizarlo, o algo así. Poco a poco, aparta la mirada del policía y agacha la cabeza. Silencio. Domínguez piensa algo y se pone

en pie casi de un salto. El Choni se sobresalta.

DOMÍNGUEZ Se me ha ocurrido una cosa. Voy a buscar algo.

Domínguez inicia la salida.

EL CHONI Eh, teniente, ¿qué hace?, ¿adónde va? ¿Va a llamar a Moya? ¡No, por favor, inspector; no llame otra vez a ese animal!

DOMÍNGUEZ Tranquilo, Choni. No voy a llamar a nadie. Esto lo podemos resolver tú y yo, ¿vale? Enseguida vengo. (Saca el paquete de tabaco de un bolsillo.)

Toma, fuma mientras me esperas, ¿de acuerdo?

EL CHONI No. Dejelo, teniente: yo no fumo.

Domínguez enciende su pitillo y se guarda el paquete.

EL CHONI Fumaba, pero lo dejé.

DOMÍNGUEZ En un minuto estoy de vuelta.

Domínguez se marcha. El Choni se asegura de que Domínguez haya salido y se saca un pitillo escondido en el dobladillo de su gorro. Saca un mechero de la bolsa de Múnich 72 donde lleva sus cosas y enciende el cigarro. La primera calada le hace toser.

EL CHONI Fumaba, pero lo dejé. (Baja la voz y se sienta en la mesa. Habla como si Domínguez estuviera a su lado.) Lo dejé hace mucho tiempo. Yo tenía... Tenía doce o trece años. Lo dejé por lo de mi primo; se llamaba Higinio, ¡vaya nombre! Él había empezado a fumar mucho antes que yo, con ocho o nueve. Tenía los dedos amarillos, las uñas negras de tanto tabaco. Mi primo Higinio me dio el primer cigarrillo de mi vida. Me dijo: "Primo, los hombres fuman. Yo fumo desde hace tres años y tú, que tienes mi edad, todavía chupas piruletas. ¿A qué coño estás jugando?". Aquello me hizo pensar, Domínguez. No es que mi primo Higinio fuera un ejemplo a seguir, pero me gustó cómo me planteaba el tema, con esa dureza. Le dije que me diera uno de sus Bisontes, y así fue como me hice un hombre de verdad, tragándome aquella porquería. Porque -no nos engañemos, Domínguez-, fumar es como tragar los gases de un vientre enfermo, ya me entiende. Yo lo dejé cuando mataron a mi primo Higinio: fue un ajuste de cuentas, seguro; tenía 22 años. Le redujeron la cabeza a martillazos, como a los jíbaros. Bueno, a los jíbaros no se las reducen a martillazos, pero las dejan del tamaño de un llavero, como a mi primo. Y yo, en homenaje, decidí dejar de fumar. Claro que también habría podido decidir fumarme tres cajetillas diarias, también en homenaje. Da lo mismo: el caso es que ya ni me acuerdo del tiempo que llevo sin tragarme los peos de nadie, que para mí fumar es eso, tragarse los peos de alguien con el estómago descompuesto por culpa de una mala digestión de verduras, teniente. ¿Usted qué opina?

DOMÍNGUEZ (De regreso, sólo oye, aunque sin escucharlas, las últimas palabras del Choni, su pregunta. Lleva en las manos algunas carpetas.) ¿Qué?

EL CHONI El tabaco... Que es muy malo.

DOMÍNGUEZ (Indicando al Choni dónde se tiene que sentar) Siéntate ahí.

EL CHONI (Obedeciendo) ¿Qué es todo eso?

DOMÍNGUEZ Voy a quitarte las esposas.

EL CHONI Gracias, inspector.

DOMÍNGUEZ Así estarás más cómodo.

EL CHONI Perfectamente, inspector.

DOMÍNGUEZ (Gira la llave en la pequeña cerradura.) Espero que esto te ayude a recordar.

EL CHONI (Aun desconfiando) Seguro, inspector. (Por las carpetas) ¿Y eso?

DOMÍNGUEZ El material que tenemos sobre ti.

EL CHONI ¿Material? ¿Qué material?

DOMÍNGUEZ Vamos verlo poco a poco, ¿de acuerdo? Los dos juntos.

EL CHONI De acuerdo, inspector; pero yo no la maté.

DOMÍNGUEZ Muy bien, Choni, muy bien. (Abre una carpeta. Saca algunos informes en los que hay grapadas fotos, notas, facturas... Muestra una de esas fotos al Choni.) Empecemos por aquí. ¿Es ésta tu madre?

EL CHONI "Y si no, El Choni", decía mi madre.

DOMÍNGUEZ ¿Es o no es tu madre?

EL CHONI Sí, sí, es ésa. Pero ahí no la sacaron muy bien. Si se fija un poco, se dará cuenta de a quién se parece.

Domínguez observa la imagen, pero no percibe parecidos.

EL CHONI ¿Qué? ¿No?

Domínguez niega con un leve gesto.

EL CHONI (Riendo) Pues a Franco, Domínguez; ahí se parece a Franco.

Domínguez no contesta; se queda mirando fijo al Choni. Ni un solo parpadeo. El Choni capta el mensaje: si gasta esa clase de bromas, la cosa puede volver a ponerse fea, muy fea.

EL CHONI (Poniéndose serio) Lo siento. Perdona. No sé en qué estaba pensando.

El Choni se fija en otra de las fotos que maneja Domínguez.

EL CHONI (Señalándola) Mi padre. Ése es mi padre. Leyendo, como siempre...

Domínguez echa una ojeada a la foto mientras coge un cigarrillo. Busca el mechero, pero no aparece.

EL CHONI ¿Fuego, inspector? (Busca en su bolsa y encuentra su mechero; se lo pasa a Domínguez.) Siempre llevo encima, por si acaso, aunque yo nunca fumo, ya se lo he dicho. (Domínguez, sin comprender muy bien de qué va la cosa, enciende e intenta devolvérselo. Pero el Choni no lo permite.) No, no, no. No. Quédeselo, es suyo. Y no hace falta que me lo agradezca. Es de la Transmediterránea. No me lo agradezca, es suyo.

DOMÍNGUEZ (Examina el mechero unos segundos por las dudas. Cuando se convence de que no es una bomba disfrazada, lo deja sobre la mesa.

Refiriéndose a la foto) ¿Tu padre?

EL CHONI ¿Quién? (Domínguez señala la foto.) Ah, mi padre. Leyendo, como siempre. Se creía un intelectual. Pero la verdad es que el único contacto profundo, realmente profundo, que había tenido con la cultura fue el día en que se limpió el culo con una página de Corín Tellado. Mi tío decía que yo había heredado de él la manía de los libros; pero qué, yo sólo leo a Zane Grey. Mi tío decía que leer era cosa de maricas. Había sido pico.

DOMÍNGUEZ Guardia Civil, Choni: un respeto. (Coge otra foto. La muestra.) Y esta señorita, ¿es tu hermana?

EL CHONI ¿Señorita? (Se ríe.) Sí, es mi hermana. Mi hermana mayor, o menor, ya le he dicho que no lo sé. El caso es que nunca entendí mucho de medicina ni matemáticas ni cosas así. Nunca me enteré de si fue ella la que salió antes que

yo de la pobre de mi madre o al revés. Lo único que sé es que fue el mismo día.
DOMÍNGUEZ O sea, que erais gemelos.

EL CHONI ¿Gemelos? Pero si no nos parecemos en nada, ¿no lo ve? Sería simplemente una casualidad. Pues todavía no sabe lo mejor...

DOMÍNGUEZ ¿Ah, no?

EL CHONI No... ¿Quiere que se lo cuente?

DOMÍNGUEZ Por supuesto. (Irónico) Para eso estoy aquí, ¿no? Para escuchar todas tus historias.

EL CHONI (No sabe si Domínguez le habla en serio.) Ya. Bueno... Pues sigo.

DOMÍNGUEZ Adelante, adelante...

EL CHONI Pues...

DOMÍNGUEZ ¿Sí?

EL CHONI Pues... Cuando yo nací...

DOMÍNGUEZ Creo que estábamos hablando de tu hermana, Choni.

EL CHONI Bueno, inspector, mi hermana y yo nacimos a la vez.

DOMÍNGUEZ (Resignado) Sí, tienes razón.

EL CHONI: Pues cuando yo nací estaba verde, verde morado. Era todo una arruga. Parecía más un dátil seco que un proyecto de persona, y ni siquiera podía respirar. La comadrona me golpeó varias veces, pero nada, tenía algo aquí, en la garganta, algo que no me dejaba decir palabra ni tragar saliva ni aspirar oxígeno, y la tunda de aquella bestia no hacía sino solidificar cada vez más la baba mucosa ésa amarilla y espesa...

DOMÍNGUEZ (Le da asco.) Por favor, Choni...

EL CHONI Se lo juro, jefe. Tenía esa baba en la garganta, aquí. Entonces, después de un rato dándome de leches de un lado para otro, la tía me dejó caer sobre un lío de sábanas ensangrentadas y papel higiénico como si las hubiera diñado, como si yo no hubiera nacido. Qué peste a ojo de culo, Dios. (Se altera muchísimo.) Cuando me acuerdo de aquello me dan ganas de... de...

DOMÍNGUEZ Tranquilízate, Choni.

EL CHONI (Obedece al instante.) Si estoy tranquilo, Domínguez. Pero es que si llega a ser por aquella furcia, ahora estaría criando más malvas que Tutankamon... Total, que la peste a mierda hizo que me tragara la baba mucosa aquella y empecé a respirar y a berrear, y así me salvé. Joder, desde entonces siento que huelo a estiércol. Huela, huélame usted, jefe.

DOMÍNGUEZ No hace falta: te creo.

EL CHONI Pero es que yo quiero que me huelas, permíteme que te tutee.

DOMÍNGUEZ ¿Que no, Choni! Que no me tutees. Y no es necesario que te huela, hombre; a ver si es posible que no saquemos las cosas de quicio.

EL CHONI (Jugando con su gorrito, como si fuera una marioneta) De acuerdo, Domi.

DOMÍNGUEZ ¡Choni!

EL CHONI (Baja la mirada, como un niño al que acaban de reñir.) Era una broma, Domínguez; no se ponga así, no es para tanto.

DOMÍNGUEZ Al asunto. (Otra foto.) El niño: ¿eres tú?

EL CHONI (Todavía mirando al suelo) ¿Qué niño?

DOMÍNGUEZ El de la foto.

EL CHONI (Igual) ¿Qué foto?

DOMÍNGUEZ ¡Joder, esta foto!

EL CHONI (Levanta la mirada, la ve. Como si le hubieran levantado el castigo) Ah, esa foto... Sí, claro, soy yo. Pero, ¿de dónde ha sacado todo eso?

DOMÍNGUEZ Es una foto familiar, ¿me equivoco?

EL CHONI Sí.

DOMÍNGUEZ ¿Me equivoco?

EL CHONI No. Quiero decir que sí es una foto familiar, una foto de mi familia: mi padre, mi madre, mi hermana, mi abuela... Bueno, falta el General, nuestro pato. Acabamos haciéndonos unos gazpachos con él. Supongo que esa foto se hizo después de lo de los gazpachos.

DOMÍNGUEZ Probablemente.

EL CHONI Casi seguro. (Golpea con un dedo la foto.) Yo diría que ésa es la única foto que existe de mi familia al completo, estoy seguro. Aunque falta el General, claro. ¿Cómo la consiguió?

DOMÍNGUEZ Tu hermana.

EL CHONI ¿Mi hermana? ¿La ha visto usted?

DOMÍNGUEZ Yo no, pero sí unos compañeros.

EL CHONI ¿Y qué es de su vida? Hace años que no la veo.

DOMÍNGUEZ Se casó y tuvo tres hijos.

EL CHONI ¿En serio?

DOMÍNGUEZ Espera. (Busca algo en algún informe y lee.) Dos niñas y un niño. El niño se llama como tú.

EL CHONI ¿Viven aquí?

DOMÍNGUEZ Sí, claro.

EL CHONI En cuanto salga, iré a verla. Y a los chicos.

DOMÍNGUEZ Lo siento, pero me parece que no va a poder ser.

EL CHONI ¿No? ¿Por qué? Algún día me dejarán salir, ¿no?

DOMÍNGUEZ No, Choni. No vas a poder verla más. Por lo menos, no con vida: está en el depósito.

EL CHONI (Asiente.) Así que esa puta ha terminado casándose. Cada vez que me acuerdo...

DOMÍNGUEZ ¿De qué, Choni?

EL CHONI De nada. De eso hace ya mucho tiempo, todavía no me había escapado. Cuando aún teníamos dinero.

DOMÍNGUEZ ¿Dinero?

EL CHONI Mucho dinero, éramos ricos.

DOMÍNGUEZ ¿Cómo que ricos? ¿A qué te refieres?

EL CHONI (Señalando los informes) Creía que se habían informado.

DOMÍNGUEZ No sabes hasta qué punto, Choni. Y sé que hubo una época en la que os fue bien, pero de ahí a ser ricos...

EL CHONI Se lo juro, éramos ricos. Todo empezó al acabar la guerra. Un primo de mi padre se marchó a América, no sé si a Uruguay o a Paraguay, y no se volvió a saber nada de él hasta mucho tiempo después. Usted ya sabe que nosotros éramos pobres como ratas. Mi padre trabajaba de cacharrero, y mi madre fregaba escaleras todo el día.

DOMÍNGUEZ ¿Y no ibais a la escuela?

EL CHONI ¿Quiénes?

DOMÍNGUEZ Pues tu hermana y tú.

EL CHONI Al principio sí que íbamos, pero mi padre nos sacó a los dos. A mi hermana porque un cura le tocaba el culo; pero qué va, no había peligro: Don Haroldo no se fijaba en las niñas; si les tocaba el culo era para disimular.

DOMÍNGUEZ ¿Disimular? Disimular, ¿de qué?

EL CHONI De que realmente lo que le gustaba era pellizcar las tetillas a los chicos de primaria; así (intenta pellizcar las tetillas del inspector mientras recita el "Padrenuestro" como si fuera una canción infantil, incluso excitándose):

"Padrenuestro que estás en los cielos...".

DOMÍNGUEZ ¡Joder, Choni! ¡Qué pesado!

EL CHONI (Cambiando de golpe) Entonces mi padre me mandó a trabajar al zoo. Unos segundos de silencio.

DOMÍNGUEZ ¿Y tu hermana?

EL CHONI ¿Mi hermana? ¿Pero no dice que está muerta?

DOMÍNGUEZ Que qué hizo tu padre con ella.

EL CHONI Ah, mi hermana... La puso a fregar escaleras con mi madre, pero a ella eso no le gustaba. Lo del zoo sí que estaba bien. Yo cuidaba monos y patos, pero, ¡joder!, olían peor que yo, y eso que yo...

DOMÍNGUEZ ¿Qué pasó con el tío tuyo ese que se fue a América?

EL CHONI ¡El tío Lauro! Yo también me llamo así, ¿sabe, teniente?

DOMÍNGUEZ Sí, lo sé. Pero háblame de tu tío.

EL CHONI Mi tío Lauro se hizo inmensamente rico, y la familia estuvo un montón de años sin saber de él. Un domingo salió en el No-Do que un tal Lauro Martínez había fallecido en Ohio, y que se buscaba insistentemente a sus herederos.

DOMÍNGUEZ Pero, ¿no estaba en Sudamérica?

EL CHONI Coño, teniente, los hijos de puta como mi tío donde se hacen ricos es en América, pero en América del Norte. Total, que, por las señas, mi padre pensó que era su primo, o al menos eso decía él. Así que fue corriendo la noticia y empezó la cosa. Nos llovieron las ofertas de bancos; un vendedor de coches le puso a mi padre un descapotable en la puerta y le dio las llaves; nos fuimos a vivir a un chaletazo con no sé cuántas habitaciones y una mesa de ping pong. ¿Se lo imagina? ¡Una mesa de ping pong para mí solito! Era el no va más. Porque a mí me gusta mucho el ping pong, Domínguez. Es una afición como otra cualquiera. A veces pienso que habría llegado a ser un gran jugador, como esos chinos, si no hubiese sido porque...

DOMÍNGUEZ Bueno, venga, no te desvíes.

EL CHONI ¿Por dónde iba? Ah, por lo del zoo.

DOMÍNGUEZ No, Choni, estabas diciendo que os llovieron ofertas de bancos.

EL CHONI Es verdad. ¡Hay que ver cómo tengo la cabeza! Mi padre le regaló tres visones a mi madre. Él se compró... se compró un encendedor de oro...

DOMÍNGUEZ ¿Sólo?

EL CHONI Y lo que no dijo, el muy cabrón. Luego llenaron la casa de jamones, había jamones hasta en el cuarto de baño. Y a mi hermana y a mí nos vistieron de comunión. Eran quinientos millones, coño.

DOMÍNGUEZ (Alucinado) ¿Qué? ¿Quinientos millones? ¿Te estás burlando de mí?
 EL CHONI ¿Y por qué iba a mentirle? ¿Quinientos millones, ni un duro menos!
 Claro que un día toda esa historia terminó. Salió en el periódico la noticia de que el tal Martínez no era primo de mi padre, ni siquiera familia lejana. Además, había dejado la herencia a una secta. Mi padre desapareció con mi hermana y mi madre con el vendedor de coches. Estuve dos semanas paseando por la casa solo, comiendo jamón todo el día, jugando al ping pong contra la pared. Una mañana me levantaron dos polis de la cama y me dijeron que tenía que dejar aquel chaletazo. Así fue como me largué de casa.

DOMÍNGUEZ Más bien te echaron.

EL CHONI Me largué.

DOMÍNGUEZ Yo diría que te echaron.

EL CHONI (Encarándose a Domínguez) ¡Me largué, me oye, me largué!

DOMÍNGUEZ (Se lleva la mano al sobaco.) Tranquilo... Ninguna tontería, Choni.

No me hagas que la saque, ¿eh? Tranquilo. ¿Quieres que vuelva a ponerte las esposas? ¿Verdad que no? Pues tranquilízate.

EL Choni cierra los ojos y respira hondo, exageradamente hondo.

EL CHONI No se preocupe, inspector, ya estoy bien, muy bien, tranquilo. (Abre los ojos.) ¿Qué se cree?, ¿que estoy majara? No, hombre; estoy en mi más sano juicio. (Pausa.) Y sé perfectamente de lo que me acusan, pero ya se lo he dicho muchas veces: yo no la maté.

DOMÍNGUEZ Fuiste a pedirle dinero.

EL CHONI Yo no la maté.

DOMÍNGUEZ Siempre la habías odiado.

EL CHONI No la maté.

DOMÍNGUEZ Sabías que no era tu hermana. Tú no tenías hermana gemela, todo era un cuento inventado por tu madre. Y le aplastaste la cabeza con la pala de ping pong.

EL CHONI ¿Está diciendo que mi madre era una embustera? ¿Está diciendo eso?

DOMÍNGUEZ Estoy diciendo que aquella no era tu madre.

EL CHONI (Enfadado, pero contenido) Aquí el único que no tiene madre es usted.

DOMÍNGUEZ (Seguro) Vamos, Choni, sé sincero; ella misma se lo decía a todo el mundo.

EL CHONI (Recapacita un instante. Se agarra el pelo de la nuca. Estira el cuello para ambos lados y le crujen las vértebras.) ¡Joder, sí, yo lo sabía! Pero no por eso, teniente; sino porque a mi abuela se le soltó la lengua una noche con el anís y me lo contó todo. Mi abuela nunca se creyó lo de la herencia, por eso se negó a mudarse al chaletazo: "Lagarto, lagarto", decía. Y tenía razón. Ella sí era lista, no como el cenizo de mi padre. Yo le llevaba una botellita de anís del Mono, a mi abuela, y nos pasábamos las tardes jugando al mus y bebiendo copitas hasta las tantas, hasta que se quedaba frita, la pobre, con la lengua fuera y los ojos en blanco.

DOMÍNGUEZ ¿Qué te contó?

EL CHONI Si la hubiera visto usted...

DOMÍNGUEZ ¿A tu madre?

EL CHONI (Casi sollozando) Iba de señora, la muy puta. Le gustaba dejarme en

ridículo.

DOMÍNGUEZ No llores, Choni.

EL CHONI Claro que ella no sabía que yo lo sabía.

DOMÍNGUEZ ¿Que no era tu madre?

EL CHONI Que me dejaba en ridículo. Aunque lo había sospechado mucho antes. Aquel día en que me dijo que entrara en su cuarto. Mi padre estaba en el bar con los amigos. Yo entré y allí estaba ella con su bata de guata. Me pidió que le diera un masaje: estaba cansada de fregar todo el día escaleras. Yo no sabía por dónde empezar y ella me dijo: "Por todas partes, estoy molida, necesito que me toques suave por todo el cuerpo, sólo tú puedes tocarme así, bobito". Pero eso no lo dice una madre, así que pensé que no debía de serlo. Sobre todo porque luego dejó caer su bata y se marchó desnuda pasillo adentro... Oí cómo abría el grifo de la ducha y se ponía a cantar: "Madamina, il catalogo è questo delle belle che amò il padron mio...". Debía de estar contenta, muy contenta. Pero yo no la toqué.

El Choni y Domínguez permanecen inmóviles, el uno frente al otro. El Choni mira la mesa, y Domínguez mira al Choni.

EL CHONI Tengo mala cara, ¿verdad, teniente? No me encuentro bien.

DOMÍNGUEZ Eso es la conciencia.

EL CHONI No lo sé. Yo diría que son gases. Podríamos descansar un poco.

DOMÍNGUEZ (Irónico) Claro; y echar un rato la siesta.

EL CHONI (Acomodándose sobre la mesa) Eso es: sólo media hora.

DOMÍNGUEZ ¿Qué estás haciendo? ¡Bájate de ahí!

EL CHONI Media horita, teniente.

DOMÍNGUEZ ¡Te he dicho que bajas, Choni!

EL CHONI (Amodorrado) Acuéstese usted también. Hay sitio de sobra. (Se le escapa el primer ronquido.)

DOMÍNGUEZ (Para sí) Esto sólo me pasa a mí. (Al Choni) Encima de que intento ayudarte... (La única respuesta que recibe es el segundo ronquido.) ¡Joder! (Al Choni) Vuelvo en unos minutos, ¿me oyes? Y espero que estés despejado.

Los ronquidos del Choni se hacen continuos.

DOMÍNGUEZ (Susurrando) Hijo de puta...

Domínguez saca otro cigarrillo, mira el reloj como si se le hiciera tarde o algo que esperara no terminase de llegar. Suena el teléfono, Domínguez descuelga y se aparta todo lo que puede del Choni. Habla bajo.

DOMÍNGUEZ ¿Sí?... ¿Seguro que es es el expediente que te he pedido?... Perfecto; pues escúchame bien: quiero que esté encima de mi mesa ahora mismo, antes de que llegue el comisario... No, ahora... Quiero cerrar este asunto antes de que se reúnan... Vale, voy para allá... Ah, de esto, ni una palabra, ya lo sabes... Ahora voy. (Cuelga.)

Domínguez sale. El Choni abre un ojo en el momento en que oye cerrarse la puerta. Se incorpora y, rascándose la panza y desperezándose, se acerca sigilosamente a su bolsa y saca una botella de anís. Se tumba, abre la botella y echa un buen trago. Se la pone encima. Se duerme con la botella de Machaquito sobre el regazo, como si se aferrara a un oso de peluche.

3

Diez minutos después. Entra Domínguez. El Choni, tumbado, parece inconsciente. Su cabeza apunta al cielo y tiene la boca abierta, como si acabara de exhalar el último suspiro de aliento y anís. Domínguez le habla sin percatarse de su estado. DOMÍNGUEZ Eres un sobre sorpresa, Choni. Ahora resulta que estuviste casado. (Le muestra una foto.) ¿Era ésta tu mujer?

Domínguez mira al Choni; éste no contesta, no se mueve.

DOMÍNGUEZ ¡Choni!

Domínguez aproxima su mano a la pistola en la sobaquera y se acerca al Choni con precaución, el dedo en el gatillo. Lo toca levemente.

DOMÍNGUEZ ¿Choni?

Puede que se encontrara mal de verdad el Choni, piensa Domínguez. Pero no quiere confiarse. Tropieza fortuitamente con la botella de Machaquito, que gira sobre el piso hasta la pata de una silla. Domínguez toca ligeramente el hombro del Choni, pero el Choni no responde. Le toca la cara un poco más fuerte, ya preocupado.

DOMÍNGUEZ ¡Choni!

El Choni no despierta. Domínguez lo agita un poco sin separar la mano derecha del arma.

DOMÍNGUEZ ¡Vamos, Choni, despierta!

Parece que el Choni no respira. Domínguez le da la vuelta y le busca en el cuello alguna señal de vida. Se seca el sudor. El Choni respira menos que una serpiente. Domínguez se decide por el masaje cardíaco; se pregunta cuántos golpes, cuánta la frecuencia. El Choni tose, explota y libera con un soplido seco una pelota de ping pong brillante y caliente que da unos cuantos saltitos por la sala. Ríe.

DOMÍNGUEZ ¡Choni, coño! (Le dan ganas de salir por esa puerta y no regresar jamás.) ¡No es momento de ponerse a jugar, cojones!

EL CHONI (Sigue partiéndose.) ¿Se ha acojonado, eh, teniente?

DOMÍNGUEZ No le veo la gracia. ¿Podemos seguir?

EL CHONI Ha estado a punto de hacerme el boca a boca, ¿eh?

DOMÍNGUEZ (Empieza a recogerlo todo.) De acuerdo. Si prefieres seguir de fiesta...

EL CHONI Vale, vale, teniente. Se acabó. (Se sienta. Muy modosito) Puede seguir cuando quiera.

DOMÍNGUEZ (Se lo piensa un instante. Deja sobre la mesa lo que ya había recogido. Coge la foto que traía al entrar, vuelve a mostrársela al Choni.) ¿Era ésta tu mujer?

EL CHONI (Quitándose las legañas) ¿Qué mujer? Yo no estoy casado.

DOMÍNGUEZ Te casaste hace cuatro años en Cuenca con Carmen Montilla, dueña de una pensión. ¿Te vas acordando?

EL CHONI No. No sé de qué me habla.

DOMÍNGUEZ (Sacando una hoja y entregándosela) Ésta es una copia del registro civil de Cuenca. Aquí pone tu nombre, y ésta es tu firma, ¿no?

EL CHONI Ya le he dicho que yo no estoy casado.

DOMÍNGUEZ (Entregándole otra hoja) Y ésta es la copia del levantamiento del cadáver de tu mujer. Claro que no estás casado, Choni: ahora eres un respetable

viudo. (Le arrebató ambas hojas y se dirige a la mesa.) ¿También mataste a tu mujer?

EL CHONI (Se incorpora.) Eso no es verdad. A mi mujer la mató su padre.

DOMÍNGUEZ Nunca llegó a aclararse. Aunque yo me jugaría el cuello a que fuiste tú.

EL CHONI Pues lo perdería. El padre de Carmen quiso pegarme un puñetazo y falló, le dio a ella y la mandó contra el armario empotrado, se dio con la llave en la nuca y murió.

DOMÍNGUEZ Demasiado redondo.

EL CHONI Y además, verdad.

DOMÍNGUEZ Seguro que sí.

EL CHONI Ahora resulta que usted sabe más que el juez, el perito y el forense.

DOMÍNGUEZ Claro que no, pero...

EL CHONI Entonces, ¿dónde están las pruebas? Dígamelo. ¿En qué se basa para acusarme de ese crimen?

DOMÍNGUEZ (Cabreado) Lo intuyo.

EL CHONI ¿Lo intuye? (Despectivo) Pero, ¿qué clase de profesional es usted?

DOMÍNGUEZ (Tocado) No me busques las cosquillas, Choni. Recuerda por qué estoy aquí. Intento ayudarte, ¿vale? Cualquiera otro, en mi lugar, no habría perdido un segundo contigo. Lo tienes francamente difícil: Sonia Cabrera, tu hermana, tu mujer... Tres fiambres a tus costillas. Con eso tenemos de sobra para que te mueras tres veces y no hayas cumplido aún tu condena.

EL CHONI Un momento. A Sonia Cabrera la mató Carrasco; dos: a mi hermana la mató mi padre, y usted lo sabe mejor que yo; tres: a mi mujer la mató su padre. Domínguez toma el teléfono y comienza a marcar.

DOMÍNGUEZ Pásame con Ortega...

EL CHONI Yo a la única que maté fue a Vicenta Oliva, la vedete, y fue por locura transitoria.

DOMÍNGUEZ (Que no se ha dado cuenta de la confesión del Choni) ¿Ha llegado el comisario jefe?... Pues...

EL CHONI ¿Me ha oído, Domínguez? Sólo a Vicenta Oliva, y fue...

DOMÍNGUEZ (Al Choni) ¡Quieres callarte ahora, joder! ¡Estoy hablando por teléfono!

El Choni sonrío y se sienta a escuchar.

DOMÍNGUEZ (Al aparato) No, no... Si las noticias son buenas lo dejas sonar cuatro veces y cuelgas. ¿Lo has entendido? Cuatro veces... Muy bien... (Baja un poco la voz.) Gracias, pero todavía no me han ascendido. Ya te avisaré cuando puedas felicitarme, no te preocupes. (Cuelga y se gira hacia el Choni.) ¿Qué decías?

EL CHONI Que a mi mujer la mató el KGB.

DOMÍNGUEZ (Ríe.) Ya. Así que estás juguetón. (Se sienta.) Con que el KGB, ¿eh? Lástima que tu suegro contara otra versión...

EL CHONI Normal. No iba a decir que él mató a su propia hija. De todas formas, el juez dijo que había sido un accidente, y punto.

DOMÍNGUEZ Puede ser, Choni. Pero con tus antecedentes, si el fiscal pide que se revise el caso...

EL CHONI ¿Qué antecedentes ni qué...? De acuerdo, me gustan las mujeres, ¿a

usted no, Domínguez? He tenido varias aventuras. Ésos son todos mis antecedentes. (Pausa.) Pero yo no maté a mi mujer, aunque reconozco que a veces se lo merecía, qué quiere que le diga: ya sabe cómo son las mujeres. DOMÍNGUEZ Y tienes los cojones de decirlo... (Mira el reloj, el teléfono, parece nervioso.)

EL CHONI Me gusta ser sincero. ¿A usted no? Sincérese, inspector: ¿no ha tenido más de una vez ganas de desenfundar el trabuco y destrozarle a su señora la permanente? No me diga que no. Estamos hablando de hombre a hombre.

DOMÍNGUEZ A mí no me compares contigo: yo no soy basura.

EL CHONI ¿Pero qué le he hecho yo? ¿Por qué me tiene tanta manía, Domínguez? Si hasta le ayudé con lo de Carrasco.

Domínguez se toma un mínimo respiro. Todavía le queda una buena jugada, así que se pone cómodo y sonrío. Levemente.

DOMÍNGUEZ Si quieres, podemos hablar de Isabel.

EL CHONI ¡Otra más! Como siga así, va a acabar con todos los nombres femeninos del santoral.

DOMÍNGUEZ ¿Hablamos?

EL CHONI Hablemos: no sé quién es esa Isabel...

DOMÍNGUEZ Isabel... (Mira unos folios.) Segura Montilla.

EL CHONI Bonito nombre.

DOMÍNGUEZ La hija de tu mujer.

EL CHONI (Piensa un poco. Se rasca la barba. Piensa que Domínguez es duro de roer, lo tiene todo atado y bien atado.) Ah, Isabel...

DOMÍNGUEZ Sí, Isabel.

EL CHONI ¿Qué le pasa?

DOMÍNGUEZ Tú sabrás.

EL CHONI Yo no sé nada.

DOMÍNGUEZ (Vuelve a echar mano de algún informe.) ¿Te leo lo que pone aquí?

EL CHONI ¿Podría resumirlo?

DOMÍNGUEZ ¡Por supuesto! (Devuelve el informe a la mesa.) Más o menos, que encontraste a la niña en el parque, te acercaste a ella, estuviste mirándola como un sátiro durante más de media hora y finalmente le dijiste alguna porquería. Eso para empezar.

EL CHONI Me gustaba, simplemente me gustaba.

DOMÍNGUEZ ¡Choni! Esa niña tenía nueve años.

EL CHONI Y no le dije ninguna porquería. Yo únicamente le dije: "Oye, niña, niñita, ¿qué haces aquí tan sola?, ¿quieres venir a jugar conmigo a un sitio donde no hace frío? Te daré un caramelo, te daré un dulce de leche. ¿Te gusta la leche?"

DOMÍNGUEZ ¡Y la violaste!

EL CHONI ¡Eso no es verdad! Ese día Isabel me llevó hasta su casa y conocí a Carmen, su madre. Le caí muy bien, ella misma me lo dijo. Cuando le conté que no tenía casa, me ofreció quedarme en su pensión, a ayudarlas. Yo, al principio, no quería, había tenido bastante ya con una familia. Pero bueno, la niña insistió, Carmen insistió... y me quedé.

DOMÍNGUEZ ¡Y la violaste!

EL CHONI Que no, que no la violé. (Pausa.) No la violé hasta dos semanas más tarde. Y no fue por mi culpa. La niña quería que le leyera un cuento, se sentó sobre mis piernas y empezó a moverse. ¿Qué podía hacer yo?

DOMÍNGUEZ Eres asqueroso, Choni.

EL CHONI Era "El gato con botas", creo...

DOMÍNGUEZ ¿Y por qué te la cargaste? ¿Por qué tuviste que matarla?

EL CHONI ¿A Isabel? ¿Se ha muerto?

DOMÍNGUEZ A tu mujer: Carmen.

EL CHONI Joder, inspector, usted no tiene una opinión muy buena de mí... Ya se lo he dicho: su padre tuvo la culpa de todo. Si no hubiera sido por él, todavía seguiríamos siendo una familia. Yo le daba de vez en cuando, pero matarla, matarla, lo que es matarla, fue su padre quien la mató, no yo. Ya se lo he dicho: a las mujeres hay que darles de vez en cuando, ya me entiende, para que vayan por el camino recto. Es algo natural, ¿no? Así es como te respetan. Pero en el fondo yo quería a mi mujer, como Dios manda. Era una buena mujer, una buena esposa. Ella sí, no como las demás.

DOMÍNGUEZ ¿Las demás?

EL CHONI Las otras, las novias que tuve antes. Ésas sí que eran unas putas, por eso las dejé. Carmen, Isabel y yo estábamos muy unidos. Si Carmen está tiesa es por culpa de su padre, de ese metementodo. Pero, ¿qué le vamos a hacer? Eso forma parte ya del pasado.

DOMÍNGUEZ ¡Eres un hijo de puta, Choni! ¡Un asesino y un violador de menores hijo de puta! (Agarra al Choni por las solapas y lo estampa contra el suelo, la pared.) ¡Te voy a meter en una celda y voy a dejar que te pudras por toda la mierda que le hiciste a esa niña! ¡Voy a hacer que te empapelen aunque sea solamente por lo que le hiciste a Isabel!

EL CHONI Pero, ¿qué le pasa, inspector? ¿Por qué se pone así?

DOMÍNGUEZ (Descontrolado) ¡Tenías miedo de que tu mujer se enterara de que te acostabas con la niña y de que se lo contara a tu suegro!

EL CHONI ¡No es verdad!

DOMÍNGUEZ ¡Por eso la mataste! (Lo atenaza por el cuello, comienza a ahogarlo.)

EL CHONI ¡No es verdad! ¡No es verdad! (Casi sin voz) Ella ya lo sabía, lo sabía desde el principio. Pero me dijo que no me marchara, que hiciera lo que quisiera, pero que no me marchara de allí, que no la dejara sola con su padre. ¡Por favor, inspector, que me ahogo!

Domínguez va aflojando. Termina por soltarle y da dos pasos atrás. El Choni tose.

EL CHONI El padre de Carmen sospechaba que algo pasaba. Empezó a meter cizaña, a acusarme de pasar demasiado tiempo con la niña, y se puso contra mí. Una noche en que yo estaba en la cama con Isabel él entró en la habitación y empezó a pegar gritos y puñetazos. Yo me tenía que defender, me había arrancado un ojo y me había partido todos los dientes, tenía sangre hasta en los talones; así que junté todas mis fuerzas... Carmen era boba, Domínguez, siempre estaba donde no debía. Era muy buena mujer, y muy limpia, pero era boba. Se puso en medio y le aticé. Sin querer, claro. Y como además de boba era una pupas, pues cayó contra el armario y se clavó la llave... Una tragedia, Domínguez, una verdadera tragedia...

DOMÍNGUEZ Mataste a tu mujer y violaste a su hija...

EL CHONI ¿Pero no me ha oído? Fue un accidente.

DOMÍNGUEZ Eres un puto demente. No tienes más que mierda en la cabeza.

EL CHONI Usted la ha tomado conmigo.

DOMÍNGUEZ Mataste a Sonia Cabrera, mataste a tu hermana...

EL CHONI A Sonia Cabrera la mató Carrasco, usted mismo lo dijo.

DOMÍNGUEZ Mataste a tu mujer, mataste a tu hermana... Choni, se acaba el tiempo. Reza por tus pecados.

EL CHONI ¿Pero de verdad cree que alguien va a tragarse que yo la maté?

DOMÍNGUEZ Yo lo creo.

EL CHONI ¿En serio?

DOMÍNGUEZ Por supuesto: tengo fe en la verdad.

Domínguez acomoda su pluma en el bolsillo de su camisa, guarda el tabaco y el mechero que le ha regalado el Choni. Coge las carpetas.

EL CHONI Pues entonces tiene que creerme, Domínguez: yo soy la Verdad.

DOMÍNGUEZ Ya está bien de estupideces.

EL CHONI Pueden hacer lo que quieran conmigo: que venga Moya otra vez.

Volveré a decirle lo mismo hasta que me atraviese la cara con el puño: a mi hermana se la cargó mi padre.

DOMÍNGUEZ ¿Qué móvil tenía?

EL CHONI ¿Me lo pregunta a mí? Fue él el que se la cargó. Deténganlo y denle de hostias. Si quieren, yo colaboro.

DOMÍNGUEZ ¿Tu padre se la cargó con tu pala de ping pong?

EL CHONI Lógico. Así me cargaban a mí el muerto.

DOMÍNGUEZ ¿Y cómo es que lleva tus huellas?

EL CHONI Porque a mí me encanta el ping pong y siempre andaba jugando al ping pong con la pala de ping pong. Es una afición como otra cualquiera.

DOMÍNGUEZ Hacía años que no veías a tu hermana.

EL CHONI ¿Y qué? ¿Me va a decir cuándo tengo que ir a visitar a mi familia? Si ni siquiera sé dónde vive...

DOMÍNGUEZ Es imposible que la pala lleve tus huellas después de tantos años. Tú la mataste, Choni; a mí no me engañas.

EL CHONI No pueden culparme de matar a mi hermana, inspector. Soy inocente, completamente inocente.

DOMÍNGUEZ ¡Deja de repetir de una puta vez esa cantinela, Choni! Tú y yo sabemos que la mataste: a ella y a todas las demás.

EL CHONI ¿Y qué si las maté? Soy inocente.

DOMÍNGUEZ Las mataste pero eres inocente. Qué cosa tan extraña.

EL CHONI No es tan extraño. Lo que pasa es que usted ve criminales y asesinos donde no los hay.

DOMÍNGUEZ Para eso soy policía. Y sé de sobra que tú no eres inocente. (Inicia la salida.) Te veré en la cárcel.

EL CHONI Y tampoco usted es una mujer y, sin embargo, a mí, a veces, me lo parece.

DOMÍNGUEZ ¿Qué gilipollez estás diciendo?

EL CHONI Y qué quiere que le diga, incluso me atrae.

DOMÍNGUEZ A ti lo que te pasa es que ves coños por todas partes. Estás enfermo, Choni. ¡Enfermo! (Mira su reloj, sale muy nervioso.)

EL CHONI ¿Enfermo? ¿Que yo estoy enfermo? ¿Y eso por qué, vamos a ver? ¿Qué le hace pensar que estoy enfermo? ¿Que me gustan las mujeres? ¿Que me gustan demasiado? ¿Estoy enfermo porque tengo mis necesidades sexuales propias de cualquier persona humana? ¿Por eso estoy enfermo? ¿Quién está enfermo? Vamos, ¿quién está enfermo? ¿El Choni está enfermo? ¿Que estoy enfermo? ¿Enfermo por qué? ¿Por qué estoy enfermo?

»Me deja usted helado, teniente.

4

El Choni absolutamente solo.

EL CHONI No, yo no maté a todas esas mujeres, teniente, de eso puede estar seguro.

»A la que sí maté fue a Vicenta, Vicenta Oliva, que era su nombre artístico. Todo sucedió después de aquel maldito día en que la poli me echó de mi casa...

»Estuve todo el invierno vagando. Entraba en un bar, pedía una cerveza, no tenía dinero, me pegaban unas hostias, descargaba un camión o dos, me ganaba unos cuantos billetes, leía un rato, bebía una botella de anís, fumaba, fumaba, fumaba. Y así una vez y otra, una mañana y una tarde y una noche y otra, una semana y otra y otra...

»Un día llegué a un pueblo de nivel, eso se nota en el aire y en los coches, y me emborraché con un tipo que trabajaba en una de esas compañías de revistas que van de aquí para allá... Cuando desperté a la mañana siguiente, estaba metido en una cama, y el tipo conmigo. Al principio, como debe ser, no me acordaba en absoluto de lo que había pasado en los últimos años de mi vida. El tipo (luego me dijo que se llamaba Arturo) estaba bocabajo, la lengua y la nariz aplastadas contra el almohadón, y me dieron unas cuantas ganas de asfixiarlo. Pero no, de eso nada, yo no me cargo a borrachos, ésa es buena gente...

»En fin, que Arturo me consiguió un trabajo de apuntador. Yo me metía bajo la concha y leía los diálogos que me habían escrito a mano cuando llegaban los números cómicos. Era un buen trabajo, allí, quieto, de vez en cuando me fumaba un cigarro y me echaba un trago de anís, y sólo tenía que mirar un poco hacia arriba para ver un coño. Sí, teniente, un coño. Las vedetes no llevan casi nunca bragas, porque en algunos números tienen que salir en pelotas y no van a andar quitándose y poniéndose. Así que me harté de ver coños. ¡Joder! ¡Vi más coños que pelos tengo en la cabeza!

»Una noche, después de una sesión inolvidable, yo estaba muy caliente y tenía que hacer algo. Ellos habían ido a cenar a un bar cercano, y yo me quedé por allí, fumando un cigarro. Notaba unas punzadas terribles en... Bueno, Domínguez, usted ya me entiende: en los cojones. La culpa la tenían ellas: Vicenta, Virginia, Clara... y todos aquellos coños que había tenido al alcance de la mano aquella noche y no se toca, que decían ellas; ni poco, lo que pasa es que tenías que pagar. Me metí en la caravana donde se guardaba la utilería y eché una rápida ojeada: los vestidos, las plumas, todas esas mariconadas, y el maniquí de madera donde Vicenta colgaba sus vestidos, su peluca... El maniquí de

madera que no tenía sus pechos, ni su lengua, ni sus muslos... El maniquí que sí se dejaba acariciar, y sin pagar un duro. El maniquí al que yo le decía: "Vicenta", y ella respondía: "¿Qué quieres, Lauro?". El que huele a raíces, como tu colonia, como tú, Vicenta. ¿Y qué puedo hacer sino quitarte la ropa, besarte, acariciarte el pelo, tocarte las tetas, pellizcarte los pezones, follarte toda la noche?

»¡Mierda!

»Tenía que pasar entonces, tenía que pasar. Tenía que acordarme de aquello, de aquella maldita Nochebuena en que mi madre, o quien fuera aquella puta, bajó su cabeza hacia mi bragueta, metió la mano en mis calzoncillos y me la besó. Mejor dicho: intentó besármela, porque nos habíamos dado un atracón de pavo y champán y, a mitad de aquel largo beso, ella tuvo que salir corriendo hacia el váter, porque le había dado angustia.

»Y yo tenía que recordarlo en ese momento, precisamente en ese momento, cuando follaba con el maniquí, con el maniquí que no era mi madre, sino Vicenta. Con ese maniquí.

»Ya se lo imagina, ¿verdad, Domínguez? Me volví loco. Se me vino aquel recuerdo a la cabeza y me volví loco. Vi a mi madre corriendo por el pasillo, me vi con los pantalones bajados pero sin saber qué estaba ocurriendo, y me quedé completamente a oscuras; así que cogí el bastón, lo primero que me vino a la mano, y empecé a golpear. Golpeé el maniquí una vez y otra, una vez y otra, una vez y otra. Lo golpeé mil veces. Lo golpeé hasta destrozarme el hombro. Lo golpeé hasta que dejó de respirar. Hasta que Vicenta dejó de respirar.

»Porque el maniquí no era el maniquí que usaba Vicenta, Domínguez. El maniquí era Vicenta. Era Vicenta, que no había ido a cenar con los otros. Se sentía mal, se sentía triste, estaba cansada de aquella vida. Había entrado en la rulotte a buscar algunas cosas, estaba dispuesta a huir. Buscaba unas medias sin agujeros, la ropa elegante que llevaba en escena...

»Y nadie la había oído gritar. Nadie había oído su voz muerta de miedo. Nadie había escuchado los golpes que yo le daba, y el ruido de su piel y sus huesos cuando yo la estaba reventando, reventando, reventando...

5

Domínguez entra con unos documentos. Se quita la americana y la lanza con violencia sobre la silla. Descuelga el teléfono y deja el índice a un centímetro del disco, sin marcar. Deja de nuevo el tubo sobre el aparato y abre los documentos, lee. Silencio. El Choni no entiende muy bien qué pasa.

EL CHONI Teniente... Quiero decir: inspector, inspector Domínguez.

DOMÍNGUEZ (Revisando los documentos, dando taconazos con el pie) Cállate, Choni.

EL CHONI ¿Le pasa algo?

DOMÍNGUEZ Te he dicho que te calles.

EL CHONI ¿Está esperando que le llamen? ¿Le van a ascender ya? ¿Lo ha conseguido?

Domínguez se levanta de golpe. El Choni también, pero, temiendo recibir un golpe, se aleja de Domínguez. Domínguez camina hacia un extremo de la sala y

se agarra la mandíbula con la mano como si quisiera encajarla.

EL CHONI ¿Quiere que le cuente...?

DOMÍNGUEZ Ya me has contado todo lo que quería oír. Ahora, quédate calladito un rato.

Suena el teléfono: una, dos... Domínguez se queda clavado en un extremo de la sala. El Choni se extraña de que no lo tome, piensa que algo malo va a pasar, y que le afecte, así que se acerca a la mesa con intención de coger el teléfono y pedir auxilio.

DOMÍNGUEZ Cógelo y te pego tres tiros.

El Choni se queda clavado. El teléfono suena una tercera vez y una cuarta.

Silencio. Domínguez espera un segundo más. Por fin sabe lo que quería saber: ya es inspector jefe. Se pone la americana y separa uno de los escritos de la carpeta que dejó sobre la mesa y se lo ofrece al Choni.

DOMÍNGUEZ Firma.

EL CHONI ¿Qué?

DOMÍNGUEZ Firma ese papel.

EL CHONI ¿Mi confesión? Yo no confieso nada, soy inocente.

DOMÍNGUEZ Por desgracia, eso es lo que ha dicho el juez.

EL CHONI (Piensa lo que ha dicho Domínguez. Lo rumia bien. Por fin, ríe.) Ya lo sabía, ¿verdad? Lo sabía desde el principio, por eso tanta murga con las llamaditas. Ha estado aquí dentro entreteniéndome, jodiéndome lo que podía aunque sabía que me habían declarado inocente y que me tenía que soltar, que no podía culparme de nada. A usted en el fondo le importa una mierda si yo maté a dos o a treinta. Usted sólo quería mi cabeza para ponerla en su despacho.

DOMÍNGUEZ No sé de qué me hablas. Yo he hecho mi trabajo.

EL CHONI Claro, Domínguez, claro; y ellos el suyo. Y ya ve: están de mi lado.

DOMÍNGUEZ Lo único que está de tu lado es la suerte. De momento.

EL CHONI Cuando se lo diga a mi hermana, no se lo va a creer: saltará de alegría.

DOMÍNGUEZ Déjate de tonterías, Choni. Firma.

EL CHONI Voy a leer lo que pone. Me gusta leer las cosas antes...

DOMÍNGUEZ Pone que no has recibido malos tratos durante el tiempo que has estado aquí.

EL CHONI En absoluto. Me han tratado como a un rajá.

Pero firma. Domínguez, con la mirada, le ordena que se aleje de la mesa. El Choni obedece. Domínguez echa una ojeada a la firma y guarda la pluma en el bolsillo de su camisa.

DOMÍNGUEZ Enhorabuena. Eres libre.

EL CHONI ¿Y qué pasa con todos esos asesinatos y violaciones que había cometido yo?

DOMÍNGUEZ Eso forma parte ya del pasado, ¿no? Tú lo dijiste.

EL CHONI Pues, si yo lo dije, será verdad. ¿Incluso el de Vicenta?

DOMÍNGUEZ (Tranquilo) ¿Quién es esa Vicenta? O quién fue.

EL CHONI ¿Vicenta? ¿Qué Vicenta? No sé de qué me habla.

DOMÍNGUEZ También la mataste, ¿verdad?

EL CHONI ¡Joder, teniente! Al final resultará que también maté a Franco.

DOMÍNGUEZ Pues no harías nada raro si te buscaras una coartada para eso.

EL CHONI Ya la tengo, teniente: Franco no es mi tipo.

Esa bromita no le ha hecho ni puta gracia a Domínguez.

DOMÍNGUEZ Pero Vicenta, sí.

EL CHONI Mire, teniente: yo no conozco a ninguna Vicenta. (Un vacile:) Jamás he conocido a ninguna vedete, se lo juro.

DOMÍNGUEZ Es igual. Algún día averiguaré algo sobre ella. Ahora, lárgate.

EL CHONI ¿Sabe una cosa, teniente? (Pausa.) La verdad es que no sé si debo decirlo.

DOMÍNGUEZ Pues entonces cállate.

EL CHONI Se lo voy a decir. Si fuera usted mujer, Domínguez, le pediría que se casara conmigo, se lo juro, hablo en serio. Palabra del Choni.

DOMÍNGUEZ Afortunadamente, no soy una mujer.

EL CHONI Salta a la vista, jefe. Pero ya sabe lo que quiero decir. De todas formas, no estaría mal que me diera un beso. Ande, deme un beso, un besito de felicidades.

DOMÍNGUEZ Te voy a seguir hasta el infierno, Choni.

EL CHONI No lo dudo, teniente... ¿O debo llamarle capitán?

DOMÍNGUEZ Soy inspector jefe.

EL CHONI ¡Enhorabuena! ¡Eso habría que mojarlo! ¿Me deja que le invite a una copa? Podríamos celebrar su ascenso y mi puesta en libertad. ¿Qué le parece? Es una buena idea.

DOMÍNGUEZ Eres un asesino hijo de puta.

EL CHONI Sí, pero libre. La verdad es que no me apetecía ir al Motel Rejas. Tengo otros planes.

DOMÍNGUEZ Vicenta, Choni. No se me olvida lo de Vicenta.

EL CHONI Anda, cálmate, Domínguez. ¿Quieres que te lleve a ver una revista? Salen muchas chicas guapas.

DOMÍNGUEZ Como Vicenta, ¿verdad?

EL CHONI Hay muchas; no todas se llaman Vicenta, inspector jefe.

DOMÍNGUEZ Preguntaré por ella. Le diré que voy de tu parte, de parte del Choni. Pero me extraña que siga viva.

EL CHONI Igual se ha ido a hacer las Américas. Pregunte en el Teatro Argentino, ella quería actuar allí. Por cierto, invítela a una copita de anís, le encanta el anís.

DOMÍNGUEZ Vamos a vernos muy pronto, Choni.

EL CHONI Espero que sí.

DOMÍNGUEZ Seguro que sí. Alguna más caerá. Tengo el consuelo de que en este país hay demasiadas mujeres. Cualquiera día te liarás con otra y acabará muerta, como todas.

EL CHONI ¡Joder, qué morbosos! Por cierto, ahora voy a visitar a una prima de mi madre, me ha invitado a pasar una temporada con ella. Se ha enterado de todo y quiere consolarme.

DOMÍNGUEZ Por si acaso, déjate aquí la pala de ping pong.

EL CHONI Tiene sentido del humor. A propósito, ¿sabe lo que decía mi madre?

DOMÍNGUEZ Ni me importa.

EL CHONI Decía que a todos los tontos se les aparece la Virgen. Y resulta que es

verdad, que se me ha aparecido.

DOMÍNGUEZ Tú no eres tonto, Choni...

EL CHONI Hombre, gracias, Domínguez.

DOMÍNGUEZ Sólo eres un hijo de puta.

EL CHONI (Sonríe como una hiena, o como un niño; se dirige al teléfono y lo descuelga. Con el tubo en la mano, pero alejado de su cabeza) Bueno, a lo mejor a los hijos de puta también se les aparece. ¿No crees?

El Choni cuelga. Abre mucho su mano derecha y la extiende hacia Domínguez.

Domínguez mira la palma, respira hondo, mira al Choni a la cara y lo desprecia.

El Choni sonrío y sale de la sala de interrogatorios; Domínguez, no.

Paco Sanguino y Rafael González. Correo electrónico: paco@sanguino.info

Todos los derechos reservados
Buenos Aires. 2008

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar